

«Los ensayos reunidos en esta compilación reflejan las inquietudes del sentido dados a la perplejidad de nuestro tiempo (comienzos del siglo XXI), con el telón de fondo del Bicentenario de la emancipación americana y paraguaya. Dan cuenta, tanto de los intrincados hilos que pretenden tejer una trama lógica contemporánea, que no desdeña el deslumbramiento histórico de añejas tradiciones identitarias, como las obsesiones por proponer algún ordenamiento a un pensamiento porvenir que no se reduzca a la peregrina ilación de sentidos ya sedimentados.

«El ruido de fondo de estos textos indica la vital incidencia de lo nuevo, lo fragmentario y lo paradójico en la construcción del discurso, que busca desesperada una nueva explosión de su lógica subyacente. Desde la hondura de motivaciones internas hacia la presencia internacional de un colectivo llamado Paraguay, en un continente cada vez más entramado y complejo, cada autor analiza un filón de verdad de ese continuum patrio, sin reducirlo a un común denominador. Así, en estos textos se transparentan y cristalizan nuevos anhelos y viejas utopías del pensamiento que serán herramientas para el futuro.

«Estas palabras sintetizan nuestro agradecimiento ala Secretaría Nacional de Cultura y al esfuerzo de los Compiladores y Autores por dejarnos una huella indeleble del acontecimiento independentista en el pensamiento paraguayo contemporáneo.»

Oswaldo Gómez Lez

<http://cifparaguay.org/>

Esta publicación cuenta con el apoyo de los Fondos de Cultura Bicentenario de la Secretaría Nacional de Cultura e Itaipú Binacional.

Ko ñe' e oñembokuatia tekopyhuua pytyvoa tetamegua ha Itaipú mokoi tetamegua rupi omoiwa jopoi tekopykuaaape guara 200 arype.



Secretaría Nacional de Cultura  
Presidencia de la República



9 11789996 1173112

## Pensamientos e Historia. del Bicentenario

Sergio Cáceres Mercado  
Miguel Zarza  
Compiladores

... el guaraní es una lengua extendida que corresponde a la mayoría de la población, sería una "lengua del pueblo". El discurso bien pensante lo elabora como una cadena de equivalencias: guaraní = popular = pobre, que cierra el sistema de significantes de la identidad nacional. Esta significación de la identidad construye un campo de operación categorial sobre la base de un "nosotros" y un "ellos".

... la que todos nosotros... repeticiones... un orden... lenguaje, en el cual... el año se proyecta... el pueblo... la que todos nosotros... la categoría de pobre que reclama para sí la sociedad paraguaya sería a un nivel base sólida de una cultura y una democracia real? 71 Si este argumento reivindica la pobreza como principio artífice de la identidad social, paradójicamente... de su autor: "hay que reconocer que... quiere ser pobre... La ideología de la dualidad de la cultura... de la idea... noble racional y noble en un río de... el nombre... el mestizaje... el carácter homogéneo... los desterrados de la... la obediencia a las normas... ocupan una posición subordinada en... paraguayos nos apropiamos a... le hemos celebrar... que este bien... onar sobre nuestra cotidianeidad y ese incesable arte de discuirir. La postmodernidad con sus características y su gran influencia en la sociedad, y naturalmente en la escuela, ha generado varios cambios a los cuales aún no nos hemos acostumbrado, por ello deberíamos apostar por la lectura, la crítica y por todos los medios buscar romper las cadenas, y salir de la caverna para descubrir nuevos modelos de construcción social, a lo mejor no es lo más adecuado, pero el ensayo-ensayo basado en la creatividad y la divergencia podrían ser una gran alternativa. Hemos desarrollado mucha tolerancia con sistemas de opresión y discriminación, así como con modelos basados en la ignorancia, por que no tener tolerancia con modelos creativos que nos permitan formar en otros personas y este bicentenario puede ser la razón que nos empuje hacia esa meta. Quiero terminar estas reflexiones con un poema de Oscar Barrios, un paraguayo amigo, que con el solo recurso de la creatividad y el buen empleo

**Sergio Cáceres Mercado**  
**Miguel Zarza**  
Compiladores

# **Identidad e historia. Pensamientos del Bicentenario**

**Centro de Investigaciones en Filosofía  
y Ciencias Humanas**  
**Secretaría Nacional de Cultura**

Asunción, Paraguay  
2013

## ÍNDICE

Presentación .....	9
• La modernidad imaginaria. Hipótesis de lectura para armar una historia .....	13
<i>Ana Couchonal</i>	
• Disciplina, guerra y trabajo, el nacimiento de la sociedad paraguaya .....	31
<i>Angel Estigarribia</i>	
• Sueño heroico .....	47
<i>Ignacio Telesca</i>	
• Consideraciones sobre lo heroico y el establecimiento del Día de los Héroes en el Paraguay (1869-1936) .....	55
<i>Herib Caballero</i>	
• Nacionalismo: fuerza revolucionaria y trampa reaccionaria .....	73
<i>Christian Lugo</i>	
• Bicentenario del Paraguay: ¿eterno retorno? .....	87
<i>Victor M. Oxley</i>	
• El sentido de la historia del Paraguay en el discurso historiográfico .....	103
<i>Sergio Cáceres Mercado</i>	

© CENTRO DE INVESTIGACIONES EN FILOSOFÍA Y CIENCIAS HUMANAS  
SECRETARÍA NACIONAL DE CULTURA

*Diseño de tapa:* Rodolfo Insaurralde

*Diagramación de interior:* Gilberto Riveros Arce

El estilo y cuidado de los capítulos de esta edición es responsabilidad exclusiva de cada uno de los autores.

Todos los derechos reservados.

Hecho el depósito que marca la Ley N° 1.328/98.

I.S.B.N.: 978-99967-731-1-2

- **Notas en torno al pensamiento ¿paraguayo?** ..... 115  
*José Manuel Silbero*
- **Identidad y lengua en la definición dual de cultura** ..... 129  
*Luis Ortiz*
- **Producción de subjetividades y racismos residuales en Paraguay** ..... 141  
*Carlos Gómez Florentín*
- **Las mujeres y la autonomía en el Paraguay** ..... 155  
*Teresa Ríos*
- **La ambivalencia actitudinal hacia el guaraní, ¿hasta cuándo?** ..... 169  
*Ladislao Alcaraz de Silbero*
- **Apuntes de poesía e identidad en el Paraguay: Los primeros versos, los primeros pasos** ..... 179  
*Fides Gauto*
- **Crítica e Historia de la Literatura en Paraguay. Apuntes (Elogio de la crítica y la historia de la literatura)** ..... 191  
*Rodrigo Cohnán*
- **Seguimos en la caverna** ..... 205  
*Jorge Hiels*
- **Jejuí: la educación en el camino hacia la tierra sin mal** ..... 217
- **Docencia y ejercicio de la autoridad. Los que mandan y los que forman** ..... 241  
*Félix Alberto Caballero Alarcón*
- **Pensar la educación en Paraguay desde la propuesta pedagógica de Ramón I. Cardozo** ..... 245  
*Cristiam Peña*
- **El concepto del Espacio y del Infinito de Barrett** ..... 257  
*Oswaldo Gómez Lezcano*
- **El Derecho paraguayo ante la encrucijada de la “carne”:**  
**algunos plagues con motivo del bicentenario** ..... 273  
*Roberto Moreno Rodríguez Alcalá*
- **Asunción infernal: fragmentos de ciudad** ..... 291  
*Lia Colombino*
- **Asunción, capital del siglo XXI (Filosofía, biografía y desánimo)** ..... 309  
*Antonio Tudela Sancho*

- RAMOS, Julio (2003): “Decorar la Ciudad. Crónica y Experiencia Urbana”, en: *Desencuentros de la Modernidad en América Latina. Literatura y Política en el Siglo XX*. Santiago: Cuarto Propio / Callejón.
- SARLO, Beatriz (1994): *Escenas de la Vida Posmoderna. Intelectuales, Arte y Videocultura en la Argentina*. Buenos Aires: Espasa Calpe.

## Asunción, capital del siglo XXI (Filosofía, biografía y desánimo)

*Antonio Tudela Sancho*\*  
Universidad de Granada (España)

Antes de dar rienda suelta a la escritura que ha de justificar, afirmar o simplemente batallar con el título que he escogido para mi modesto ensayo de contribución al presente libro, creo conveniente dar cuenta de mis problemas en la ocasión ante el teclado y los bolígrafos que empleo indistintamente casi, lo que equivaldrá a revelar mi pudor en la coyuntura tanto como a mostrar también y bien a las claras mis cartas.

Comenzando por las de presentación: mi nacionalidad es la española (entiéndase que éste es un modo –técnico, sufrido, como el del costalero que carga con un pesado fardo impuesto– de eludir la absurda identidad ontológica que derivaría de afirmar algo así como “soy español”) y mi relación con el Paraguay data ya casi de una década, cuando a mediados de 2002 y siendo yo talludito estudiante de doctorado en la Universidad de Murcia, una beca del extinto Programa de Cooperación Interuniversitaria España/América Latina (conocida anteriormente como beca “Intercampus”) de la AECID me trajo por error a la Facultad de Filosofía de la Universidad Nacional de Asunción<sup>94</sup>. No era mi primer contacto con América Lati-

\* **Dirección para correspondencia:** Departamento de Filosofía, Facultad de Educación y Humanidades de Ceuta, C/. El Greco, s/n, 51002 – Ceuta (España). Correo-e: <atudela@ugr.es>.

94. Sin duda, un error tan irrelevante como feliz: simplemente, la denominación genérica de la Facultad de Filosofía (que engloba en la UNA las carreras de Psicología, Educación, Historia, Letras, Periodismo, Trabajo Social y Filosofía) propició que una plaza con perfil de literatura latinoamericana contemporánea fuera convocada entre las de filosofía, siendo yo

na, sino el tercero, pues ya había viajado antes con sendas “Intercampus” a Lima (Perú) en 1996 y a Salta (Argentina) en 1999, pero sí fue un tiempo productivo: me proporcionó el conocimiento de gente amiga gracias a cuya insistencia y apoyo pude volver breve pero intensamente dos años después y, por fin, instalarme desde mediados de 2006 en Asunción y desarrollar una labor docente que vio su fin con el año 2009 por simple agotamiento pánico personal. Poco es lo que puedo añadir a tan escuetas líneas, porque mucho será siempre lo que reste en el espacio vacío entre las mismas: imposible señalar siquiera –sin cometer injusticia de uno u otro modo– los nombres propios, las instituciones y los acontecimientos a que tanto debo, en lo mucho que de bueno hubo en mi experiencia, y en lo que en menor proporción hubo de malo también, para qué negarlo.

Y junto a las cartas de presentación, las del juego, las que tras barajarse y repartirse han de quedar a la vista y sobre la mesa tanto como ocultas, vueltas sobre sí aunque abiertas, abanicadas en la escritura ambidiestra y prestidigital. Las cartas de la partida. Comenzando por las de un título, punto también de partida inextricable, pongamos que: *Asunción, capital del siglo XXI*. Evidentemente, parto aquí de dos textos, dos intenciones y dos nombres propios. Con el aire frívolo de una broma a la par que de un homenaje. El primer nombre –ya se habrá adivinado– es el de Walter Benjamin, aquel *París, capital del siglo XIX* que en 1935 trataba de resumir y dar idea de ese proyecto inmenso e inacabado, póstumo de suyo, que había de ser el *Libro de las Pasajes* (BENJAMIN, 1972 y 2005). El segundo nombre propio, más escondido que el anterior, clandestino y –en definitiva– viando, será el del delirante poeta fascista y mitómano Ernesto Giménez Caballero, un español cuya biografía quedó ligada con Paraguay, país en el que ofició largo tiempo de embajador de la España franquista (TRAPPELLO, 2002: 468-469), hecho biográfico al que debemos un escrito fascinante aunque muy poco leído: *Asunción, capital de América* (1971)<sup>95</sup>.

→ el adjudicatario... ante el estupor resignado del profesor Miguel Ángel Fernández Argüello, quien hizo todo cuanto pudo para reencanzar académicamente aquella mi primera estancia universitaria.

95. *Asunción, capital de América*, conferencia de 1971 que resume ideas anteriormente recogidas por Ernesto Giménez Caballero, al hilo de su vivencia como embajador, en su obra *Revelación del Paraguay* (1958). La edición de la conferencia que manejamos se cierra con una afectuosa carta de homenaje al autor por parte del general Alfredo Stroessner y una no menos entusiasta salutación del senador e historiador paraguayo Efraím Cardozo, ambas fechadas en 1970, año también de la concesión del Doctorado “Honoris Causa” al diplomático español por la Universidad Nacional de Asunción.

Mixtura, por tanto, de dos nombres propios y de dos textos inspiradores, en cuya encrucijada salvaremos varias cosas sustanciales: 1) un topónimo, el nombre de un lugar que es también una ciudad, y una ciudad capital. Asunción; 2) este concepto lábil de “capital”, con sus múltiples acepciones, por ejemplo: Asunción es la ciudad capital del Paraguay, pero es igualmente un topos capital para mi experiencia de la última década (y capital, ante todo, porque mi vivencia de Asunción coincide a grandes rasgos con mi experiencia del Paraguay, al punto de poder intercambiar ambos substantivos –que de ningún modo son sinónimos– en mi escrito), y es también *el capital* en sentido clásico (Das Kapital) aquello de lo que desearíamos hablar; 3) y por fin, una suerte de locativo epocal, o de anclaje temporal para la anterior Asunción capital, que es también una propuesta profética (en realidad, una excusa para hlivanar nuestro ensayo): su carácter de capital para el siglo XXI.

Finalmente, por volver y completar nuestro título, tres palabras: filosofía, biografía y desánimo, tramadas en una cópula perfecta que nos servirá al modo de un telón de fondo, de una tela o tapete (nunca neutro) para el contraste del juego y de las cartas en juego. Pero desarrollemos a lo largo de unas líneas todo esto.

### 1. La cabaña y el fuego (o [no] toda celebración es reaccionaria)

A propósito de ciertas reflexiones ya clásicas sobre las lenguas y el poder, los usos regionalistas del lenguaje, los dialectos, jergas y lenguas vernáculos, Deleuze y Guattari advertían hace décadas del riesgo enorme que corrían los movimientos revolucionarios del momento –las viejas luchas locales y post-mayo-del-68, pioneras en su repudio de la surgente globalización– de resucitar, inyectándoles sangre nueva, arcaísmos tiempo atrás felizmente inhumados: el peligro, al que todos estamos expuestos, de realizar “la reterritorialización más reaccionaria, la más edípica, oh mamá, oh mi patria, mi cabaña, olé, olé” (DELEUZE Y GUATTARI, 1975: 45)<sup>96</sup>. Interesante, ante todo, esa suerte de cascada de nombres, lugares, vocativos e interjecciones que la dupla anti-psiquiátrica gala empalma al riesgo revolucionario de la

96. Literalmente en el texto francés que manejamos: “[...] la reterritorialisation la plus réactionnaire, la plus oedipienne, oh maman, ah ma patrie, ma cabane, ollé, ollé”. Señalemos, a modo de curiosidad, que el traductor al castellano del libro (p. 40 de la versión castellana anotada en la bibliografía al final de nuestro ensayo) olvida en un fantástico lapsus o deslizamiento edípico incluir en la frase que traduce el sintagma: “oh mamá”.

reterritorialización más reaccionaria: ¿realmente pueden equipararse, o cuando menos encastrarse como en un juego de muñecas rusas, el Edipo, la madre, la patria y la cabaña (al ritmo guitarrado —es un suponer folclórico— de palmas, taconeos y *olé, olé*)? ¿Puede hablarse, como es la intención de los autores mencionados, en términos estrictamente políticos, netamente colectivos, de la encrucijada edípica? Creemos que sí, que no hay, de hecho, otro modo de referirse al asunto, como por otra parte no han dejado de observar los creadores más perspicaces<sup>97</sup>.

En tal contexto esencialmente edípico aún podríamos preguntarnos (con altas dosis de ingenuidad, ciertamente) por la utilidad de las ceremonias recurrentes. La celebración de un centenario, por ejemplo, o un bicentenario, por qué no. Mucho podrá decirse todavía, y sin duda este libro será un buen ejemplo, incluso para no repetir los tópicos habituales. Es seguro que la memoria, la justicia y la historia (nos) lo demandan. Como con seguridad podremos oír muchos otros conceptos sagrados, anejos a la anterior terna: el origen, la liberación, la independencia, la autonomía, la soberanía, la emancipación, el autogobierno, los valores, la educación, la identidad, la cultura, lo propio, lo nuestro, lo mío... Patria, chaera, mamá y olé, olé. Simbología y emoción, clase política y negocio, espectáculo y gozo festivo, interrupción del triste e insulso presente cotidiano, irrupción del tiempo eterno, verdadero, que vuelve en las excepcionales efemérides como vuelven siempre al recuerdo los hechos esenciales (y por ello, precisamente, memorables).

Será de desear que entre los fastos y la bacanal del folclor, en los intersticios que deje la exaltación patriótica a flor de piel tanto como las lamentaciones con sabor a hiel (ese inevitable y transitivo “plaguear” que el Diccionario de la Lengua Española recoge como verbo paraguayoy y define en una tercera acepción como “Hablar interminablemente de las desdichas propias”), halle sitio la reflexión pausada, calmada, *sine ira et studio* que, al modo de la cebada en otros animales ru-miantes, reclama el analista que se pretenda crítico y pulcro a un tiempo. Porque de análisis a la posture se trata, y la piel del paciente colectivo que se tiende en el diván no recubre tan sólo (ni nada menos que) al que podríamos denominar —si fuéramos

esencialistas— “pueblo paraguayoy”. Y en el gabinete a media luz acecha siempre el riesgo de perdernos, analistas y analizados, en el bucle sin fin y estéril de la repetición eterna de los significantes, cantinelas para la comiseración y/o el engrandecimiento, cara y cruz siempre de la misma moneda gastada de la trampa mortal ciclométrica.

No toda celebración es reaccionaria, por supuesto. Aunque sí lo sean la reunión de los cánticos, los clanes, la gastronomía, las banderolas, las comisiones votivas y las académicas. Bastará con que por sus rendijas dé lugar y pueda colarse aquella “débil fuerza mesiánica” que, como decía Benjamin en su segunda tesis de filosofía de la historia, ha sido conferida a nuestra generación presente, sin que podamos despachar a la ligera las exigencias que sobre ella reclama el pasado (BENJAMIN, 1989: 178)<sup>98</sup>. Pero no será una tarea fácil —nunca lo fue, por otra parte—, porque siempre parece en extremo arduo sustraerse a los cantos de sirena de mamá, de la isla sin mal, del pasado desgraciado y oprimido, de lo vernáculo y la cabaña con sus fuegos de hogar tanto como de fiesta o de homenaje a los mil sufrimientos padecidos en la historia (los fuegos de artificio nunca son comparables a los de los artificieros en la batalla, pero tampoco les andan a la zaga, aunque sólo sea en su común fugacidad e inevitable derrota), por no hablar de las prebendas político-comerciales —valga el pleonasmoy — y los mil carguitos o pucheros culturales posibles.

## 2. Ensueños de unidad y fuegos de artificio (Asunción, capital parlatina)

Citaremos a continuación una curiosa referencia a la sucesión de gestas, declaraciones y acontecimientos que se dan cita en torno a cuanto ahora se celebra en su bicentenario, sobre todo en torno a una fecha capital posterior a las (oficiales) de la independencia, unida a la de la Ciudad —con mayúsculas— capital, no en vano conocida desde antiguo como “Madre de Ciudades”, invocada por nuestro inefable e inspirado poeta-diplomático en un tono hoy extraño, no sabríamos decir si por su desmesura o por su fácil don profético:

97. Pienso, por ejemplo, en el cineasta español Luis García Berlanga y su más que mortdaz *Bienvenida, Mister Marshall* (1953), en que el imaginario pero muy interesado pueblo de Villar del Río suena con recibir a los representantes yanquis (y sus prebendas) ensayando una pegadiza tonadilla surrealista que cuenta en su estribillo con la frase siguiente: “Os recibimos americanos con alegría / olé mi madre, olé mi suegra y olé mi tía”.

98. Corregimos, como suele hacerse ahora, la traducción que Jesús Aguirre hacía de “eine schwache messianische Kraft”: esa *fataz* en lugar de *debil* (schwache) fuerza mesiánica, que tanto colorido austral daba sin quererlo al pasaje benjaminiano.

En esta fase integracional de las naciones por la que marcha el mundo —una vez más con el ensueño de la unidad—, Europa situó ya su capitalidad ideal o Consejo europeo, en Estrasburgo. Faltando la de América. Que nosotros proponemos sea la Ciudad donde —aparte otras motivaciones— primero se proclamara, 20 de julio de 1811, la federalidad de los pueblos americanos: Asunción del Paraguay (GIMÉNEZ CABALLERO, 1971: 7)<sup>99</sup>.

No son pocas las ideas surrealistas vertidas por “Gecé” (que así solía firmar Giménez Caballero), entendiendo aquel adjetivo en su sentido más originario: la pretensión de sobrepasar, de construir por encima de lo real. Baste señalar cuatro que el fragmento que citamos encierra: 1) la percepción actual (hace ya medio siglo) de una necesaria y deseable marcha del “mundo” por el camino de lo que nuestro autor llamará “integraciones multinacionales”; 2) la regionalización en principio de dichas integraciones, que afectan a las dos grandes áreas de Occidente: Europa y América (tal es el “mundo”, lo demás no cuenta); 3) el hecho de que la primera, Europa, ya se puso en camino, con su Mercado Común, su Asociación de Libre Comercio y la visión de un futuro político integrado, federativo, en torno a un “Consejo de Europa” creado en esa capital ideal que será Estrasburgo, mientras que la segunda, América, aún está por ponerse en camino (como no puede ser de otro modo: *ha de seguir* la senda y el modelo de la vieja metrópoli); 4) lo que no significa que para América sea novedosa la idea, antes al contrario, pues hay una fecha y hay un lugar en que se proclamó —ahora hace doscientos años— la “federalidad de los pueblos americanos”: el 20 de julio de 1811 en Asunción del Paraguay, nación libre desde su revolución incruenta de mayo.

Cierta coherencia surreal y cierta extravagancia ideológica (si se tienen en cuenta las credenciales biográficas del personaje) se dan la mano aquí. Y no dejarán de encontrarse así, de la mano, en todo el discurso. Extraño será que tan extraordi-

99. Giménez Caballero dirigirá su propuesta, además de “al pueblo paraguayo” y al Instituto de Cultura Hispánica (el antepasado de la actual AECID), al Presidente (Stroessner, que la aplaudió, como ya señalamos en una nota anterior) y su Gobierno, a las Cámaras representativas, a la Municipalidad asuncense ya la Academia Paraguaya de Historia, que como también anotamos tomó buena cuenta del consejo en la figura de Efraím Cardozo, a quien el español llama (p. 19) “gran historiador paraguayo” que supo ver en los “próceres” de su nación un temprano precedente de Bolívar y de cuantos posteriormente pensaron en la posibilidad de la confederación americana.

nario diplomático franquista en la corte de Alfredo Stroessner entienda que la “gran Monarquía hispánica” no se desintegrara hasta la II República española de 1931, razón por la cual los acontecimientos del 14 y 15 de mayo de 1811 darían pie a celebraciones posteriores —la de 2011, por ejemplo—, pero no en clave de “independencia” alguna<sup>100</sup>, sino como acontecimiento preliminar para otra fecha ésta sí digna de recordar, la de la nota que el 20 de julio la Junta Superior Gubernativa del Paraguay dirigiera a la Junta de Buenos Aires expresando el deseo de autogobierno del Paraguay, en un contexto de defensa de la causa común independentista (que incluiría la suerte del monarca español destronado por los franceses) y una decidida vocación integradora de los pueblos: un postulado que para el autor sería “prematuro” en tiempos de Bolívar, pero perfectamente realizable a partir de la segunda mitad del siglo XX, dado que cosas más sorprendentes están sucediendo en el viejo continente, en un solar mucho más reducido y donde desde la noche de los tiempos las distintas regiones se han odiado y arrancado a sangre, fuego y dentelladas las entrañas. Si Estrasburgo es posible, si la ciudad más gris, anodina e inofensiva en su peculiaridad de Europa entera, a pesar de lo cual no se le aborrazaron horrores ni sufrimiento en las grandes guerras del siglo XX, ha logrado aglutinar en sí el sueño de unión simbólica de los pueblos más atrozmente inmiscibles, por qué considerar descabellada la propuesta de Asunción para reconstruir, sobre la base del espíritu

100. Giménez Caballero no sería el único ni el más importante crítico del concepto mismo de “independencia”. Como ejemplo modelíco de tal tendencia podríamos citar al profesor Luis Navarro García, especialista en la historia de México y de Cuba, catedrático emérito de Historia de América en la Universidad de Sevilla, para quien la historia de la independencia ha sido poco y mal estudiada, debido a la prevalencia en la mayor parte de los estudios de criterios nacionalistas y falsamente patrióticos a uno y otro lado del Atlántico. Básicamente, para Navarro García las guerras independentistas (incluida la de la propia península frente al invasor napoleónico) formarían parte de un dilatado proceso de guerra civil que hundió y fragmentó la unidad hispánica. Así, los héroes de la independencia (Bolívar ante todo, o San Martín, por sitiar tan sólo dos nombres) fueron españoles —contra el mito ideológico del criollismo— que optaron por una fórmula política diversa, siendo la independencia (o mejor, sus plurales versiones) lo que a la postre impidió que la América de lengua española fuera en adelante un solo país, pesando tal hecho funestamente en la vida posterior tanto de España como de las distintas naciones surgidas de la fragmentación imperial. A este propósito, *cfr.* la entrevista al historiador que, con motivo de su nombramiento como académico en España de la Academia Nacional de Historia de la República Argentina y bajo el título “La independencia americana ha sido poco y mal estudiada”, se publicó en el diario español *El País* del 14 de enero de 2001.



integrador y federativo a la par que auto-affirmador en la independencia de fechas como la del 20 de julio de 1811, la gran y fraternal unidad perdida:

Una integración grande y multinacional de los pueblos americanos en la cual España resultaría uno entre los demás y el más joven de esos *Estados Unidos de Iberoamérica*, para los cuales habría que buscar la *capital federativa o integradora* – nuestro Estrasburgo – en una ciudad que no despertara tensiones ni celos. (GIMÉNEZ CABALLERO, 1971: 10)

Y esa ciudad será, claro está, Asunción. Ciudad capital nacional incapaz de despertar tensiones (frente a los para todo indispensables Estados Unidos de Norteamérica) ni celos (frente a otras ciudades que puedan creerse con mayor derecho: Madrid o Lisboa, póngase por caso). Giménez Caballero dedicará páginas enteras a explicar los paralelismos geopolíticos, históricos, lingüísticos y espirituales o culturales de Estrasburgo y Asunción, con vistas a afianzar su propuesta pan-latina. Todo entra ahí: centralidad continental y aislamiento, divisoria de ríos y paisajes, enlace de gentes, confluencia de caminos, sueños de ciudadanía y de porvenir común, bilingüismo (en clave de lenguas culta y popular, claro, alemán y francés en un caso, con su mezcla mestiza: el alsaciano; castellano y *avañé* en el otro, con su mestizo: el *yopará*)... hasta el punto de caer, como no podía ser de otro modo, a la búsqueda de la más excelsa multinacionalidad, en las simas pintorescas del más colorido folclor y olé-olé: la marquetaría alsaciana de Spindler será comparable a las tallas de Tobatí, la literatura de Schickele a la de Julio Correa, los corpiños y lazos de la campesina típica alsaciana al *kygua vera* y *tipoy* de la cuñatá... incluso la *chipa guazú* equivale al *foie-gras* y la *mandioca* al *choucroute*. “Y la polka como baile común” (GIMÉNEZ CABALLERO, 1971: 22).

Dejemos ahí lo que, más allá del delirio personal y biográfico (tanto Estrasburgo como Asunción fueron ciudades capitales en la vida de nuestro personaje), no deja de tener cierta gracia literaria en esta obrita de política-ficción. No deja de ser una “iluminación” – aunque más que a este concepto ilustrado Gecé sería afecto a la idea mística de “revelación” – diferente a las acostumbradas con motivo de nuestra ciudad, “Madre de Ciudades”, Asunción del Paraguay, y de la fecha del 20 de julio de 1811, interpretada, como se verá, desde una perspectiva sui géneris, extrañamente cercana y alejada a la par de aquel vigoroso axioma atribuido a la pluma francista, anotado en sus *éléments*: “No mudaremos de amo, ni cambiaremos unas cadenas

por otras”. Por descontentado, no pensamos que pueda anunciársenos por aquí el débil pero exigente poder mesiánico de la historia. A fin de cuentas, en el *mezzo* europeo o panamericano, Gecé acaba añorando la cabaña, a la mamá, los *baliongos* y el fuego –no el de la artillería, el genio ni el espíritu, por fortuna, sino el de la fiesta, los artificios y la gastronomía–.

### 3. Cuando el mañana es ahora (Asunción, capital del siglo XXI)

Cambiemos de registro, de tono tal vez también. Y hagámoslo bajo aquella invocación suprema –sabidamente confundida o escamoteada entre los clásicos de la *Realpolitik*– a un tático Étienne de La Boétie, en un margen y a tinta roja:

“¡Ojo! Releer el Contra-Uno Parte primera: Prefaciones sobre la servidumbre voluntaria. El borrador se encuentra, probablemente, entre las páginas del Espíritu de las Leyes o de El Príncipe. Tema: La capacidad de la inteligencia se limita a comprender lo que hay de sensible en los hechos. Cuando es preciso razonar, el pueblo no sabe más que andar a tientas en la obscuridad” (ROA BASTOS, 1997: 68).

Un verdadero aviso para navegantes en el proceloso mar del gobierno de almas y de cuerpos. O para quienes añoren el ejercicio de la soberanía en su soberana isla. Volvamos a empezar. Si hay una nota común dominante en buena parte de las reflexiones (auto)críticas acerca del mal que, supuestamente, se padecería hoy sobre el solar patrio de la para algunos mítica “tierra sin mal”, dicha nota consistiría en una suerte de esencialismo o mejor: atavismo político, que cree firmemente en la existencia de un núcleo vivo verráculo aunque soterrado bajo la circunstancia de los tiempos, sometido pero no dominado por los diversos colonos y modas que dictan las épocas. Pero que, al final, pasan, permaneciendo invariable tan sólo aquel núcleo, aquella esencia que marca una identidad, un “lo nuestro” genuino, idéntico a sí mismo desde un origen inveterado, del que nadie sabe dar cuenta pero que todos entienden. En el contexto “fundador” de una fecha como la del 14 y 15 de mayo de 1811 y otra de “afirmación” como la del 20 de julio de ese mismo año, fechas prendidas a una retórica que va más allá de la independencia para lastrarse con las vocaciones constructoras de pueblos y estados propias de las grandes revoluciones burguesas de la modernidad europea, será normal teñir dicho origen y dicha evocación esencial, identitaria, con el (tri)color sentimental de “la nación”. Ocurrir a un

concepto enorme, oceánico, de precisión innecesaria en su autenticidad: lo nacional se doblará y complementará así con “lo paraguayo” (y habrá que recordar que “la paraguayidad”, noción inconfundible de la retórica estronista, tuvo un poeta fiel: no otro que nuestro Giménez Caballero, quien no hacía más que trasplantar al imaginario de la Llanura mediterránea aquella “hispanidad” e incluso “españolidad” tan caras a la retórica del régimen franquista y sus más pertinentes camisas viejas). Por no hablar de variantes más actuales, al son de corrientes situadas curiosamente a la izquierda, en las lindes del populismo neo-socialista y pan-latino (aunque no al modo poético-político de Geceé), tanto como del pensamiento decolonial o sencillamente, clásicamente, del anti-sistema y la estigmatización del norte.

Sin adscribirle, con todo, un epíteto exacto, tal nota esencialista puede revertir, a su vez, formas diversas. Puede manifestarse, por lo menos, en dos direcciones: por un lado, la de aquellos que hablan de un “nuevo colonialismo” sobre el Paraguay, surgido con el siglo XX e incluso a caballo de fechas y acontecimientos concretos que disparan sus efectos sociales de “dislocación”, como la firma con Brasil del Tratado de Itaipú en 1973, como señala sin ambages Bartomeu Melià: “La modernidad, proyectada y prometida por los mecanismos capitalistas que le son propios, no redundó en avance ni desarrollo de la nación” (MELIÀ, 2006: 179), introduciendo el dedo en la laguna de una paradoja cuya crítica está por hacerse, la incongruencia de una “nación independiente” que nace y se afirma sobre un estatuto de promesas cuya materialización, sin embargo, le es negada por su misma constitución una y otra vez a lo largo de los siglos. Y, por otro lado, la de quienes deploran las innumerables calamidades que, a lo largo de una historia especialmente desdichada, desmembraron, saquearon, incomunicaron y, en definitiva, contrajeron la antigua Provincia Gigante de Indias hasta convertirla en una “isla rodeada de tierra”, según la metáfora de Augusto Roa Bastos en un texto hoy clásico que (re)presenta una insuperable síntesis planífera del doble aislamiento –geográfico e idiomático– que será el destino histórico de la región, abandonada a su suerte ya por la misma administración colonial, no digamos cuando como nación autárquica atraiga las inquietas de la metrópoli británica, que financiará la interesada confabulación de sus vecinos australes en una guerra sin cuartel y devastadora:

Este largo martirio de todo un pueblo, celoso de su independencia y soberanía, quebró la línea de su destino histórico y convirtió al Paraguay, que había sido el país más adelantado de América Latina, en uno de los más pobres y atrasados (ROA BASTOS, 1977: 51).

Un “plagueo” de lujos del gran escritor asunceno, en que se dan cita a partes iguales el desánimo y la rebeldía –vale la pena invocar aquí a su Perpetuo Dictador, que nos habla de otro fuego y desde otra ficción que los de Geceé: “Ya le han sacado al Paraguay mucha tierra y mucha agua. No le sacarán su fuego ni su aire” (ROA BASTOS, 1997: 206-207)–. El orgullo por lo propio, la alegría ante la idiosincrasia colectiva, la satisfacción por “nuestra manera de ser” o “nuestra forma de hacer las cosas”, presente en cuantas propagandas de cerveza, yerba mate o fútbol saludan al viajero que llega fatigado por tanto enlace aéreo, o despiden al emigrante presto al inevitable *techagaití*, por la autopista que une el aeropuerto internacional Silvio Pettrossi con la ciudad. Orgullo y complacencia, rayanos en la jactancia, que hallan su ineludible lado oscuro en la conciencia viva de que tal diferencia implica también una rémora, un atraso, un atasco en el fluir del tiempo. Cara y cruz del Jano bifronte isleño. Como isla perdida en los remolinos de otra época, Paraguay es la paradisiaca tierra sin mal al tiempo que la pérdida irremediable de todos los trenes. Y la nación el experimento colectivo por cumplir o a revalidar en cada acontecimiento patriótico re-memorable. De ahí la difícil comprensión para el foráneo de lo que Roa denominaba “la incógnita paraguaya”, y el doble vínculo (que sólo neciamente tildáramos de relación de amor-odio) con el que y lo que viene de afuera: la hospitalidad sin límites que alberga o se enrosca con el impasible rechazo simbólico del *jaguá extranjero*.

Sirva este largo exordio para introducir una posición distinta, en buena medida contraria a la percepción de las cosas que encierran las perspectivas enunciadas. Posición o punto de vista contrario que basamos en nuestra propia experiencia de foráneo de un modo u otro ligado a la “incógnita” isleña del literato. Nada científico, por si fuera necesario confirmarlo. Si hubiera que reducir dicha posición o tesis a una especie de consigna, brevemente o en cuatro palabras podríamos apuntar lo que sigue: Paraguay ya ha llegado.

Dicho de otro modo: a diferencia de quienes piensan en la nación traicionada en sus mismos fundamentos y desde un origen al menos bicentenario por diversas conspiraciones globales (sea un imperio o una coyuntura geo-estratégica, un sistema político-económico o un determinado marco de ideas), a diferencia también de quienes sostienen la representación de un aislamiento secular (germen tanto de la conciencia desdichada de un esplendor estumado como del rebelde orgullo por la esencial identidad propia), a diferencia en resumidas cuentas de quienes entienden que hay un *décalage* crónico, un aislamiento mediterráneo y cultural que haría del Paraguay una suerte de bosque del ayer o del olvido para un Rip van Winkle amante

del tereré y los sueños de hamaca, afirmaremos justo lo contrario: Paraguay está instalado en el futuro, *es* el futuro. De ninguna manera tiene deudas o sufre los lastres del pasado. O no más que cualquier otra zona del planeta que prefigura.

¿Los argumentos? Nunca los tendremos en cantidad ni calidad precisa para resaltar convincentes. Tampoco será necesario. Para nuestra servidumbre voluntaria y desalentada (total, poco podemos hacer más que andar a tientas en lo oscuro) bastará con comprender lo que hay de sensible en los hechos. De los que cualquiera puede, recurriendo a su singular aunque plural experiencia, aducir un buen número. Hagamos lo propio, mencionando tan sólo aquellos que vengán a nuestra memoria en el acto, en un listado continuo que no necesita numeración ni más saltos de línea que los que una lectura cómoda demanda:

- Divorcio rato y consumado (o roto y consumido, si se prefirere) entre el discurso y los hechos, léase: la letra de la ley, siempre impecable y perfecta, y su cumplimiento; o entre la palabra del político, nunca impecable, y la vida eternamente perfectible de las instituciones.
- Eterno regreso de éstas sobre sí mismas, como si los proyectos o las proyecciones no tuvieran mayor vigencia que la de los jercas de turno y sus camarillas: a nuevo inquilino, nueva casa y mobiliario. En tal contexto, que hace de la carrera administrativa un verdadero suplicio de Sísifo, la recurrente presencia de los dos grandes enemigos de toda administración, en el clásico decir de Jeremy Bentham, el *peculado* y la *negligencia* (BENTHAM, 1981: 551), más allá de las cotidianas cantinelas periodísticas advirtiendo acerca de la corrupción, sólo son comprensibles anécdotas, libre disposición del *kayrós* o sencilla y humana venganza.
- Exaltación de las capacidades humanas y de la bondad de una formación continua en convivencia perfecta con un sistema educativo en que nadie cree. Hecho del que ofrece buena muestra el tejido universitario: al socaire en el mejor de los casos de privados intereses financieros (Asunción, Madre de Universidades), al paio en el peor (el sistema público, obviamente), con una subclase política amiga del compadreo y de la ambicionadísima carrera administrativa, ya que más allá del simulacro no existe su equivalente docente-investigadora.
- Inexistencia de la aún en medio mundo denominada “clase media”, cuyo lugar lo ocupa – en la ciudad, no olvidemos que ante todo seguimos pensando en Asunción – una burguesía-taxi, ocupada en detentar, más que construir, su momento mesocrático y escapar de la casi inevitable degradación en lo cotidiano.

- Inexistencia, pese a lo anterior y en un contexto de abismales diferencias entre la poderosa elite económico-política y los desheredados que tratan de sobrevivir realizando las *changuiñas* que les dejen entre los intersticios de, pongamos por caso, el Mercado-4 asunceno, de nada que pueda parecerse al viejo concepto de la “lucha de clases”. En última instancia, se comparte el tereré y la charanza risueña en *yopará*, el guiño o el sentimiento que se encarna y vuelve sagrado en la aún incomprensible (para los ojos “occidentales”) relación entre los de la cúspide y los de la base a un tiempo de camaradería, caudillismo, vasallaje y traición o simple guasa (el “cachai” paraguayo no anda lejos del “vacile” o “cachondeo” ibérico) que vuelve imposible toda jerarquía, y casi cualquier contrato de servicio: en tal magna social, poco cuentan los miedos y los celos burgueses, los “barrios cerrados”, los “caminos seguros”, los sofisticados sistemas de vigilancia, o la desencaminada apelación en lo político a etiquetados genéricos como los del clientelismo o el populismo<sup>101</sup>.

- Como no existe lucha de clases, tampoco hay conflictos de tipo étnico o, como se decía en otra época, racial. En el país latinoamericano en el que mejor ha subsistido y se ha desarrollado si no la cultura sí la lengua vernácula guaraní, aunque en detrimento de otros idiomas y culturas, las minorías indígenas ocupan los márgenes de la marginación misma. Reducidos – en un sentido no necesariamente jesuítico, aunque tampoco muy retirado del mismo – y expoliados por los mil desarrollos de la historia, apartados radicalmente de todo centro de poder blanco y criollo, despreciados por la mayoría campesina o mestiza hasta el punto de hacer de la voz “indio/a” un insulto o una señal de menosprecio, envilecidos por la necesidad de someterse a prácticas asistenciales de muy diverso signo (estatal, político partidario o religioso), poco pueden los indígenas “paraguayos”<sup>102</sup> hacer por alzar su voz en una sociedad

101. Por más que dicho lenguaje común, como toda *koine* internacional, sea precisa para la comunicación política. A menudo, bajo formas curiosas y casi obscenas: ahí, por ejemplo, los grandes ventanales acristalados en la parte posterior del edificio histórico del Cabildo asunceno, abiertos sobre el barrio marginal de La Chacarita, en la ribera del río Paraguay, cuya principal si no única misión sería mostrar un escaparate de miseria extrema a las delegaciones diplomáticas extranjeras en visita oficial, incapaces de negar la necesidad de inversiones solidarias.

102. El mestizo mayoritario se considerará esencialmente “paraguayo” en la medida en que logre neutralizar o simplemente anular su componente indígena, visto y calibrado en su

que se jacta, por poco más del simple hecho de hablar otra lengua que el castellano y de mantener viva una rica gastronomía autóctona, de no sufrir fracturas internas.

Como contraplano de lo anterior, la intelectualidad vinculada a la oligarquía logró en el cambio de siglo, entre el final de la guerra contra la Triple Alianza y las fechas de la celebración del primer centenario de la independencia, alzar el mito indisputable del “mestizaje”, de la bondad y superioridad de la mezcla racial paraguaya: su mayoritaria raza mestiza –pero blanca, con claro predominio del ingrediente europeo–, auto-representación ampliamente empleada con la finalidad política de cimentar un estado férreo, totalitario (en tal sentido, resulta imprescindible acudir a los estudios sobre la cuestión de Ignacio Telesca, 2010). Completa el panorama identitario la presencia de numerosos grupos de aluvión, más o menos homogéneos, que han ido sedimentándose regionalmente tanto en el país como en su capital, flujos migratorios que componen más que un *collage* un vistoso y ordenado *patchwork*, en el que cada retazo halla de algún modo su cohesión, independencia, estabilidad y relativa convivencia armónica con los restantes sectores, incluida la población “autóctona”, en un ejercicio de sociedad multicultural abierta –por qué no– a la consecución futura de cotas interculturales, aunque con riesgos también de caer en un simple pluriculturalismo (para la distinción entre los tres conceptos, véase CONILL, 2002).

En tan modelíca sociedad sin mal, sin fisuras ni quebrantos, el peso y la presencia notables de la tradición justifican al tiempo que sacralizan tal orden de las cosas. La iglesia católica mantiene con fuerza sus fueros y privilegios tridentinos, seguida muy de cerca por las múltiples manifestaciones del evangelismo y la te reformada de antiguo y moderno cuño, por no hablar más que del poliedro cristiano. Y dejando sin mención siquiera otras instituciones que, al modo del ejército y con éste (o cualquier otra administración estatal), hacen sentir su firme vocación ancestral de autoridad, hay que hablar de la familia: pieza de incuestionable poder patriarcal y de tradición y manifestación generosamente matriarcales, mediante la cual se calibra la totalidad de las horas,

→ “pureza” como algo ajeno al *ser nacional*. Víctimas de todos los expolios, poco interés podrán tener las minorías étnicas en los fastos del bicentenario.

de los sueños, los deseos y las necesidades, comunidad básica imprescindible que (re)llena la vida hasta la asfixia. Porque la asfixia sería un buen concepto para indagar sin dogmas ni corrección política en el fenómeno exponencial de la emigración, pongamos por caso, relevante no tanto por el número globalmente considerado de sus casos fuera del país, como por la enorme incidencia sobre la población que “resta”, con sus notables efectos no de desestructuración (como suelen señalar todas las cantinelas moralistas), sino de necesaria re-estructuración (o reinvención de la identidad y su mundo). Asfixia no tanto o no sólo económica como *ambiental*, por decirlo en una palabra. Asfixia causada por la (o)presión de la tradición, de la cultura, de la costumbre, de la llama perpetua del hogar (el fuego que más quemara), de la familia y sus obligaciones corporales, asfixia de la identidad definida de una vez por todas, muy rápidamente: del *exceso de ser*.

– [...] ]

#### 4. En conclusión (aguantar, por no acabar)

*Tenemos que capear el temporal, por así decirlo, y estar ojo avizor. [...] Aquí hay que aguantar y esperar a que soplen buenos vientos, creo yo.*  
(STEVENSON, 1999: 100-101)

Lo dejaremos ahí, con puntuación suspensiva, aunque el señalamiento de indicios más o menos evidentes, a uno u otro nivel, podría ocuparnos páginas enteras. Como se verá, muy alejadas tanto de la precisión analítica –que, repetimos, nos es aquí nuestro propósito– como de la simpática complacencia que desliza algún que otro *vademécum* popular al estilo de los de Saro y Helio Vera. Lejos también de toda celebración y de todo reproche, presos de una representación esencialista llamada, en el mejor de los casos, a repetirse como cantinela o retornelo eterno: quien sucumba a tales cantos de sirena ha de saber que perpetúa una isla y una extraña búsqueda de ocasión (aqueel mítico *kazrós*) que verán muchos más aniversarios de la independencia.

Por el contrario, y sin suscribir tampoco los fuegos fatuos de un Gecé, sí repetiremos nuestra tesis, enunciada con distintos giros en las anteriores líneas: “Paraguay ya ha llegado”, y Asunción, como metáfora y cabeza del país entero, ya es la

capital del siglo XXI, sin necesidad de adscribir su capitalidad a geografía, ni geohistoria ni geopolítica alguna. O por decirlo de otro modo: Asunción es un laboratorio, un soberbio experimento del capitalismo global. De ahí que, por debajo de sus peculiaridades, incomprensibilidades y exotismos, suene tan *moderna*, parezcan sus problemas tan actuales al extranjero que la visita y que, de uno u otro modo, se queda en ella, se queda con ella, aun cuando habiendo sucumbido a su asfixia se “mande a mudar”, por decirlo con expresión latinoamericana integrada también en el acervo del habla española de las Islas Canarias. Más allá de lo folclórico, de las ansias festivas, de los gustos confortadores por lo propio y cuanto sólo sirve para aliviarnos la vida al precio de volvernos un tanto idiotas (es decir, cegados por nuestro universo privado), la particularidad capital del entorno bicentenario consiste en que nada tiene de peculiar, a no ser la posibilidad de anticipación o el encanto de lo *déjà vu*. Como si todo fuera—por una lógica capital— a encarrilarse por esa vía, Asunción es el acontecer del mundo entero, su capital en el tiempo, su devenir impersonal más profundo, en una palabra: el futuro.

Evidentemente, nada adelantamos ni enmendamos con tal reconocimiento. Tampoco hay paciente que sanar. Ni conciencia que avisar. Como no hay lugar ya en el mundo adonde huir: tan cierto como que no hay una “globalización” mala frente a una “mundialización” buena, por más que le pese a Alain Touraine (cit. por Joaquín Estefanía en CONILL, 2002: 189), como no hay una contestación regionalista que no alimente a su vez viejos mitos—como el de la soberanía— ni retroalmente ingenuas complacencias, cómodos llamados a lo atávico, uterino y cabañil, olé olé y fuegos fatuos. Queda aguantar, solos y en compañía. Sin que el desánimo nos impida buscar formas aún por nacer de la resistencia. Tal vez, como apuntaba Jacques Derrida (2002) a propósito del sueño, de Adorno y Benjamin, de la propia biografía familiar y tantas otras cuestiones en torno a un singular “fchu” intraducible, la débil fuerza mesianica ligada a las exigencias y esperanzas de justicia halle su puerta en la hospitalidad y la ironía de un saber que (sabemos que) estamos “jodidos”. Y no es joda, gente.

## Bibliografía

- BENJAMIN, Walter (1972): *Illuminaciones II*, trad. de Jesús Aguirre. Madrid: Taurus.
- . (1989): *Discursos interrumpidos I*, trad. de Jesús Aguirre. Buenos Aires: Taurus.

- . (2005): *Libro de los Pasajes*, ed. de Rolf Tiedemann, trad. de Luis Fernández Castañeda. Madrid: Akal.
- BENTHAM, Jeremy (1981): *Tratados de Legislación civil y penal*, ed. de Magdalena Rodríguez Gil a partir de la trad. de Ramón Salas de 1822. Madrid: Editora Nacional.
- CONILL, Jesús (Coord.) (2002): *Glosario para una sociedad intercultural*. Valencia: Bancaja.
- DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Félix (1975): *Kafka. Pour une littérature mineure*. París: Minuit.
- . (1978): *Kafka. Por una literatura menor*, trad. de Jorge Aguilar Mora. México D.F.: Ediciones Era.
- DERRIDA, Jacques (2002): *Fichus*. París: Galilée.
- GIMÉNEZ CABALLERO, Ernesto (1958): *Revelación del Paraguay*. Madrid: Espasa-Calpe.
- . (1971): *Asunción, capital de América*. Madrid: Ediciones Cultura Hispánica.
- MELLÀ, Bartomeu (2006): *Mundo guaraní*. Asunción: MRE-BID.
- ROA BASTOS, Augusto (1977): “Paraguay, isla rodeada de tierra”, *El Correo*, agosto-septiembre, París: Unesco, pp. 50-53.
- . (1997): *Yo el Supremo*. Asunción: El Lector.
- STEVENSON, Robert Louis (1999): *La isla del tesoro*, trad. de Fernando Santos Fontenla. Madrid: Alianza.
- TELESKA, Ignacio (2010): “Paraguay en el centenario: la creación de la nación mestiza”, *Historia mexicana*, vol. 60, N.º. 1, julio-septiembre, México D.F.: El Colegio de México, pp. 137-195.
- TRAPIELLO, Andrés (2002): *Las armas y las letras. Literatura y Guerra Civil (1936-1939)*. Barcelona: Península.